

EL TIPOGRAFO

PERIÓDICO QUINCENAL

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA MONTEVIDEANA

Año VI

Montevideo, Octubre 13 de 1888

Núm. 123

ADMINISTRACION - FLORIDA 209

SUSCRICION

Por un mes.....	\$ 0.20
Número suelto.....	" 0.10
En el extranjero, por un mes.....	" 0.30

SECRETARIA DE LA SOCIEDAD T. MONTEVIDEANA

De orden del señor Presidente, se cita á los señores socios por segunda vez, para la reunion de Asamblea general extraordinaria, que tendra lugar el día 14 del corriente, á la 1 de la tarde, para la discusion de los nuevos Estatutos y tomar en consideracion la renuncia del señor Tesorero.

Ramon Marin,
Secretario.

Montevideo, Octubre 13 de 1888.

EL TIPOGRAFO

Siempre lo mismo

Así como el tiempo se cambia de lluvia en borrasca, de despejado en nublado, creimos nosotros que tambien el gremio hubiérase cambiado de instante en diligente.

Repetidísimas veces hemos increpado duramente á nuestros compañeros, el poco buen deseo que tienen de concurrir á las sesiones de Asamblea, y hoy nuevamente lo hacemos con muchísima más razón, puesto que se trata de reformar los Estatutos, y de cuya reforma debemos esperar nuestro porvenir.

Luego, si antes era el único deseo que abrigaban muchos de que la Sociedad cambiase de rumbo, ¿qué hoy que se va á llevar á la práctica son sus reacios?

Siempre le mismo!

Hubié mucho que no quieren concurrir á las Asambleas, y si por un acaso se llegá á aprobar por mayoría un artículo que no les suene bien á sus oídos, son los primeros en vociferar, en llamar á la Comisión Directiva y á la Sociedad, como si por ventura ésta tuviese la culpa.

Los verdaderos culpables son los que, sin preocuparse de lo que debían tener especial interés, no concurren á las Asambleas no solamente á discutir lo que no les parezca conveniente, sino tambien á estar una ó dos horas en contacto con sus hermanos de infortunio, y de ese modo hacer más difícil el poder estrechar los lazos de la amistad y la unión.

¿Cómo quereis, entonces, estimular y dar ánimo de esa manera, á los que, sin vil y mezquino interés, sino con una abnegacion digna de encomio y distancia se han echado sobre sus hombros, la pesada carga de regir los destinos de la Sociedad?

A este paso, creemos que todos los esfuerzos que se hagan serán inútiles é infructuosos.

Vista la indiferencia que reina entre los TIPOGRAFOS, sabemos que varios miembros del Directorio piensan elevar su renuncia.

Es de todo punto necesario que concurramos, todos, sin excepcion ninguna á la Asamblea en que debe tratarse de la reforma del Reglamento para de ese modo dar base sólida á una institucion que en día no lejano será la defensora de nuestros derechos.

X.

La propaganda de "El Tipógrafo"

MIS CUATRO AÑOS DE IDEM

Largo tiempo hace que nuestro órgano social difunde por doquiera la hermosa luz del pensamiento escrito; incesantes y continuados han sido y son los exhortos de este periódico en llevar al convencimiento de todos los tipógrafos que es la Asociación el único medio de poder contener los avances del capital que no quiere transigir ni pactar jamás con el obrero.

En esta lucha eterna de la razon y el deber, hemos agotado nuestras fuerzas intelectuales, deseosos de abrir en la dura roca del indiferentismo ancha brecha que dejara pasar los tibios rayos del sol de la inteligencia, para que éstos sazonaran la semilla que esparcida al acaso, pudiera haber caido en terreno capaz de hacerle producir frutos provechosos.

Pero ¡ay! cuanta decepcion, cuanta contrariedad y cuanta hiel hemos aparado en el cáliz inagotable de la más negra ingratitud!

¡Cuántas veces, en las horas tristes y calladas de la meditacion, hemos doblado la frente para ocultar al mundo nuestras lágrimas y dolor, al ver que tanto afán, tanto trabajo y desaliento caía para siempre en la horrible fosa del desprecio!

Y cuántas y cuántas hemos contado las horas lentas de la callada noche, horas robadas al sueño y al descanso corporal, torturando nuestra pobre inteligencia para poder arrancar de ella palabras sino elocuentes y bellas, al menos sencillas y comprensibles que pudieran persuadir á los indiferentes y agradar á los reacios!

Pero nada; solo el silencio absoluto respondía á nuestro llamado; el olvido de todo lo que era social y provechoso era la única guirnalda que á nuestro batallar incesante se nos ofrecía; los hombres de carácter irascible huían como puede hacerlo el ave nocturna al ver por Oriente la rosada luz del carro de la aurora...

Y pasan los años; y nosotros, como el marisco adherido á su concha, seguimos fieles y sumisos á nuestra primer propaganda, robando á nuestra existencia las pocas horas de solaz que á la clase desheredada plúgole á la Divina Providencia concederle en su excelsa sabiduría.

Pero así como los rayos del sol son más fuertes al llegar al meridiano que marca la mitad de su veloz carrera, cayendo en descenso luego hasta convertir á una parte del mundo en helado páramo que viene á alumbrar más tarde la pálida luz de la fría luna, así, nuestros lánguidos destellos se van poco á poco amortiguando y el placido calor que antes tenían lo vendrá á reemplazar la frialdad glacial del silencio, porque no pudieron

ellos encontrar la fuente donde poder beber la sabia regeneradora que debía prestarles nueva vida.

Cuántas veces hemos temblado de pavor al pensar que pudiera llegar ese momento; cuántas otras hemos pedido á Dios fuerzas é inteligencia para poder emplearla en pró de nuestra noble causa!

Todo eso cuesta la propaganda de nuestro querido TIPOGRAFO, nacido al mundo entre las flores delicadas y fragantes que á su alrededor esparcía el amor y el cariño de toda una pléyade de afanosos tipógrafos, que como nosotros primero, nada les importaba el sacrificio con tal de llegar á la deseada cumbre de sus aspiraciones.

Pero ¡ay, y mil veces ay!... cuanto más grandes y sublimes eran esos afanes, más terrible, más cruel y sangrienta fué la ingratitud con que fueron abonados sus desvelos, y más llorada y sentida por éstos la triste perspectiva que para todos encerraba en sus páginas el libro inmenso del porvenir!

Hé ahí la vida de nuestro periódico; hé ahí su infancia y su adolescencia.

En la primera, el bautismo del perfume que embriaga y adormece placidamente y en dulce éxtasis eleva nuestro espíritu á lo infinito, para de allí, al pensar en la grandeza de Dios, pensar luego en nuestra pequeñez y en el modo de hacernos grandes.

En la segunda, la amarga confirmacion de las lágrimas que como lluvia de fuego caida sobre espléndido oasis lo convierte luego en árido desierto, y al mirar tanta destruccion y ruina, elevar tambien nuestro espíritu en rápida carrera, y al pensar en el poder de Dios, nos hace estremecer de dolor al comparar nuestra impotencia para poder destruir una imperfeccion no, de él, sino de los hombres mismos: la ignorancia.

¡Impotentes sí, para poder arrancar del gremio tipográfico la ancha venda que oscurece al hombre la grandeza infinita del mundo, cuando en él se vive como seres racionales y no como bestias desprovistas de las bellas nociones que levantan inmensa valla entre unos y otros de estos dos habitantes del globo terráqueo!

¡Impotentes, sí, pero no vencidos!

¡Detente, pluma de acero, confidente de tantos secretos; detente ahí, no viertas hoy toda la hiel de que rebosa el alma del que oprime tu cabo; deja, deja mi buena compañera que si hoy cumple cuatro años que eres mi más consecuente amiga en la lucha titánica de propagar las buenas doctrinas en un árido campo de rocas frías, tostadas arenas, raquíticas, mandrágoras, musgos y líquenes que asoman por las grietas de las rocas como lanzando insultos, madriguera de cierpes venenosas que afilando su aguijon se encrespan y asaltan; déjame tambien á mí, antes de retirarme, regar ese campo con lágrimas de hiel, para que empapando con ellas las fuertes moléculas del cuarzo ó del guijarro, puedan brotar, ya que no flores delicadas, al menos ortigas punzantes para poder con ellas orlar la frente marchita del que lleva en su corazon y alma honda herida causada por la decepcion y el olvido de los que dejan morir en silencio la idea de su emancipacion.

Dejadme, visiones importunas, decir al gremio, á ese gremio que tanto aprecio, cuantos sacrificios impone la noble mision de propagar la luz del saber en medio del caos que nos rodea; dadme fuerzas, tú, espíritu, debilitado tambien en la lucha,

de la inteligencia, para poder seguir hasta el fin la PROPAGANDA DE "EL TIPOGRAFO"!

Muchos éramos los que al principio de ella corrimos tras la mentida ilusión de ese ideal, como corre el niño tras la brillante mariposa que haciendo caprichosas ondulaciones lo atrae primero con los matices de sus alas, y luego por medio de ese lento volar que parece dejarse ya coger, y que, sin embargo, lo aleja poco á poco del sendero para internarlo en el bosque donde dando un rápido vuelo se pierde en medio del confuso tropel de árboles, dejando á su confiado perseguidor perdido en la espesura y sin haber logrado su inocente deseo de obtenerla: así nosotros!

Y luego, despues de tan récia carrera en que todo se olvida, en que todo se deja abandonado por seguir la huella luminosa que atrae nuestros sentidos, vienen las amargas lágrimas y la tardía reflexión á mostrarnos la realidad de las cosas: así es el mundo!

Hoy, solos, fatigados, sin esperanzas casi, muertas en bcton apenas roto el broche del capullo que guarda las bellas ilusiones de la vida, vemos agotado el perfume del alma, y envalde la exprimimos, nó, solo brota sangre que nada dice ni nada puede remediar.

Y allí está la vieja y gloriosa bandera de la *Sociedad Tipográfica Montevideana*, recogida, casi abandonada, esperando tal vez con ansias ver llegar uno á uno los convertidos; y nada, silencio, retraimiento, ruina y espanto; ¡y ella espera!...

Y EL TIPOGRAFO, cumpliendo con su noble misión en la arena ardiente del periodismo, donde se agitan las pasiones más encontradas, busca con afán y cariño poder verter una gota tan sólo de dulzura y frescor en los sedientos labios del hombre para que ella reanime su inteligencia y le haga volver en sí, pero éste no quiere en sus secos labios el rocío fecundo que regenera y ennoblece, y apetece más el agua turbia del torrente que arrastra en su corriente y en incoloras ondas las mil impurezas del vicio degradador.

Ahí está la *belleza* de que disfrutaban los redactores de este periódico que, consecuentes con sus ideas y principios, no han querido arriar la bandera que enarbolaran en horas más felices que la presente, y que, sin embargo, hay para ellos censuras y recriminaciones que, aunque no hieren ni matan, lastiman su delicadeza personal y contribuyen á secar el manantial poco fecundo sí, pero puro de su inteligencia.

Esta es la cosecha que he recogido en los cuatro años que llevo de doctrinar en este periódico; toda ella es de hojas marchitas, flores sin perfume y aplausos sin eco...

Ya le sabeis, compañeros de arte y de infortunio.

Yorik.

El cajista en Campaña

Vamos á ocuparnos por hoy en dar á conocer á los lectores de esta hoja cómo y de qué manera son tratados los operarios de ciertos talleres tipográficos en algunos puntos de nuestra campaña.

Tal vez sea apenas creible alguno que otro dato de los que iremos enumerando por su órden; pero desgraciadamente, todos ellos son verídicos: existe esa gran falta de consideración para el obrero, así como escasea el bien entendido compañerismo entre esa pequeña parte del gremio, que no ha alcanzado á comprender todavía el notable perjuicio que propiamente se hace, al permanecer *aislada* entre sí y sin ninguna clase de iniciativa tendente á su mejoramiento, á su unidad y á su perfección.

¡Ojalá viesemos desmentida en breve esta aseveración con hechos que justificasen lo contrario del juicio que hemos formado en las líneas que anteceden! ¡Ojalá no tuviesemos de nuevo que ocuparnos

en censurar severamente á algunos de nuestros antiguos compañeros que, con su imperdonable indolencia, hoy autorizan muchos abusos, que al fin y al cabo, vienen á causarles serios perjuicios! ¡Ojalá que la gran experiencia que *alli* han tenido, les aproveche, y les haga comprender una vez por todas cual es la misión que deben cumplir!

Mientras tanto... prosigamos.

En algunos puntos de nuestra campaña, se pagan á oficiales regulares sueldos *fabulosos*, tan es así que pueden muy bien *competir* con los que en Montevideo se asignan á un medio oficial ó á un prójimo cualquiera que sepa parar letras.

Quizá alguien crea que esta causa sea debida ó al gran atraso en que debe hallarse el gremio, ó á la falta de trabajo que debe haber en esos talleres.

Lejos de eso.

En cuanto á lo primero, nos es grato confesar que no está tan falto de conocimientos el obrero de nuestra campaña. A la prueba está la gran cantidad de diarios que de muchos puntos nos vienen, y que dan una idea acabada que si en ellos no se trabaja con perfección, al ménos hay esmero y limpieza, lo cual favorece no poco al obrero.

Respecto á lo segundo, vamos á desvirtuar lo que aquí pudiera llegar á creerse, en vista *de lo que se ve*. A simple vista *parece* que muy poco se trabaja; sin embargo, más de nueve horas se trabajan diariamente; téngase en cuenta además que el día de víspera de la salida del periódico hay que emplear una gran parte de la noche, ya sea en componer, corregir ó imprimir,—y sacaremos en consecuencia que, en resumen, se trabaja más que en estos establecimientos.—Debemos agregar algo más todavía: el cajista tiene que hacer el oficio de prensista ó de *batedor*, así como respectivamente el aprendiz lo hace de repartidor, cobrador-andador, etc. de manera que llenen las *exigencias* del establecimiento.

Por eso no extrañamos cuando vemos con frecuencia en algunos periódicos de nuestra campaña avisos publicados en lugar preferente, en los cuales se *solicitan* aprendices, desde que estos vienen, al fin, á *introducir* una *notabilísima* mejora... en la parte *económica*.

Cuando hasta á ese *último recurso* se apela, ya se podrá deducir en que condiciones se halla el trabajo tipográfico en ciertos puntos de nuestra campaña, y cuales son las ventajas que cuenta el obrero; el que, á más de sufrir contrariedades y decepciones de toda especie, se ve todavía amenazado á ser sustituido por este *nuevo elemento*, quedándole como único recurso, venirse á ganar el pan á esta ciudad ó tener que emigrar á otro país.

¡Magnífica perspectiva...! ¿verdad?

A propósito de lo que decimos, vamos á citar un ejemplo práctico y que viene á robustecer la verdad de nuestros asertos. A nosotros nos cupo la *suerte* de ser víctima; por consiguiente hablamos por experiencia propia en este caso, que no há mucho tiempo sucedió.

El que estas líneas escribe, fué *fundador* ó mejor dicho el primer operario que conoció una imprenta que se estableció en un pueblo de campaña.—Tuviémos la desgracia de enseñar dos aprendices, y una vez que estos adquirieron algunos conocimientos, ya se nos *reemplazó* despidiéndonos arbitrariamente por *razones de economía*, que de seguro no había de ser muy notable, desde que se nos pagaba el sueldo que podría ganar cualquiera de los *preferidos*.

Esto prueba también que en ciertos puntos de nuestra campaña el cajista es tratado, según decimos al principio, sin consideración de clase alguna de parte de los señores propietarios, y todo porqué? por que el carácter de nuestros compañeros es tan bueno que llega á permitir muchas imposiciones que en conciencia deberían rechazarlas si tuviesen esa energía de que hacen uso en las insignificantes

rencillas personales que poco á poco los separan, grandolos hasta tal extremo, que no alcanzan á comprender la más de las veces cual es su deber ni se aperceben tampoco del gran perjuicio que ellos mismos se hacen, desde que prefieren muchas veces transigir con quien ha de abusar de ellos hasta cansancio, antes que unirse, cual lo debieran, con buenos compañeros de sacrificios.

Nosotros hemos tenido nuestras debilidades y nuestros extravíos; pero ya hemos pagado según *nuestros merecimientos* la pena que más tarde ó temprano debiéramos recibir como *recompensa*. Por consiguiente, de este juicio que hoy hacemos, á nosotros toca, que de seguro nos libraríamos muy bien en volver de nuevo á pecar por más que el *enemigo malo nos tienta*.

Por hoy basta.

Sea bienvenido el peregrino

—Ha! del almenado castillo! ...

—¿Quién vá?

—Un peregrino.

—Esperad un momento que daré parte al alcaide.

—¡Todo sea por el amor de Dios!

Un toque de clarín resuena en el espacio; las banderas del puente levadizo erujen; cae éste con estrépito; sube el peregrino y vuelve á cerrar la gran puerta del castillo.

—¿Qué deseais?

—Hospitalidad, generoso señor.

—La tendreis; desde la construcción de este castillo hasta hoy, que ya lleva seis lustros de existencia, jamás se negó á nadie la hospitalidad, fuese quien fuese: amigo ó enemigo.

—Mil gracias.

—¿Venís de muy lejos?

—Del país de los *Buenos Deseos*.

—¡Ay pobre peregrino! ¿y sabeis cual es el nombre de la tierra que pisáis?

—No á fé.

—Pues es el *Pueblo de los Desengaños*.

—¿Y qué importa eso para el que tiene en su alma sentimientos puros é ideas emancipadoras?

—¡Cuán jóven sois! por eso decís las cosas con calor, por eso quereis predicar la union; pero preciso que sepáis, que aquí han sentado sus reales el *Egoísmo* y la *Indiferencia*, que unos cuantos jóvenes como vos, que se han impuesto la misma tarea van á tener que abandonarla, por que parece que en este pueblo las ideas de progreso, de emancipación y de mejoramiento, no le entra á sus habitantes *ni á palos*, más aún, tal es la indiferencia de que se hallan poseidos, que muchos extranjeros que nos han visitado, nos creen autómatas ó seres irracionales.

—Permitidme, que os diga que yo trabajaré cesar y unido al que vengo recomendado que es uno de esos obreros que sienten germinar en su corazón nobles ideas, espero que triunfaremos.

—¿Cuál es su nombre?

—En esta carta que ha escrito para vos, lo hallareis.

—Permitidme que la lea.

—Estáis en vuestro derecho, y por lo tanto he pedido permiso para retirarme.

—Podéis hacerlo cuando gustéis, y que sea bienvenido al peregrino que viene á honrar nuestro humilde castillo con su presencia.

Señor Don Enrique Terrada, Director de EL TIPOGRAFO.

Apreciable señor:

Adjunto á las presentes líneas, una carta que se ha servido dirigirme un compañero nuestro

que se oculta bajo el pseudónimo de *Nomar el Peregrino*.

Es la primera de una serie que piensa enviarme, como veo que en ella campear las ideas que usted y varios compañeros nuestros, han sostenido y sostenien con tanta inteligencia como tesón no le trepidado ni un momento en remitírsela, como le remitiré las que sucesivamente me envíen, para que las publique en nuestro querido *Tipógrafo*, que tanto necesita del concurso de los hombres inteligentes y de buena voluntad.

Aprovecho esta oportunidad para saludarle y agradecerle su siempre amigo y S. S. S.

A. Vidal.

Ahora habla el *Peregrino*:

CARTA ABIERTA

PRIMERA DE UNA SERIE DE ELLAS

Señor Don Alberto Vidal, en la Redaccion de *El Tipógrafo*.—Presente.

Señor y amigo:

Mejor que nadie, y tal vez con más fundamento que otros sabe usted que en las circunstancias que atraviesa actualmente el gremio, y dada la uniformidad de ideas que existe entre los que *El Tipógrafo* redactan, y los que la Sociedad Tipográfica dirigen, se hace necesario y de todo punto imprescindible que se dé hoy mayor impulso, a los trabajos que de años atrás, con abnegación y empeño que alabo y admiro, vienen sosteniendo esos compañeros que día a día y en todo momento combaten por nuestra causa, por el mejoramiento de nuestras condiciones y por nuestro bienestar y adelanto, tanto en lo relativo al orden físico, como al orden moral. Fuera de esta es injusticia si, al llegar a este punto, no mencionara aquí los nombres de esos benefactores, por decirlo así, de la colectividad nuestra:—Martín Otérmin, Bonifaz y otros tantos que figuran en primera línea y que escapan en estos momentos a los puntos de mi pluma. Merecen, no solo nuestro agradecimiento y nuestras simpatías, sino que también nuestra admiración y nuestro sincero respeto por la prédica constante, persistente y sostenida con que desde tiempo atrás ilustran a los que del arte tipográfico viven, sin otro objeto ni otro fin que el generoso y noble de arrancarnos de manos de los *burgueses* (permítaseme el calificativo socialista francés) y encarrilarnos por la senda que nos llevará al perfeccionamiento y al término feliz de nuestra ansiada redención.

Una duda asalta mi ánimo cuando, como en el caso presente, me veo obligado a encomiar a alguien: ¿será acaso la vil adulación, la hipocresía falaz lo que en mis palabras crea para los que mis pobres producciones lean? Contra esa suposición aviesa y de todo punto injustificada, están mis procederes, siempre también ajustados a la norma de una conducta honrada y caballeresca.—Ahí encontrará el *busilis*, el *quid*, amigo Vidal, por ello y no por otra cosa, adopto el pseudónimo que encubrirá mi verdadero nombre.—Por otra parte, si, como lo espero, son aceptadas mis cartas,—aunque para nada se tengan en cuenta ni mis indicaciones ni mis ideas,—en el curso de éstas, y mediante la benevolencia de usted y demás amigos y compañeros, trataré de manifestarle que pienso y siempre he opinado con referencia a las cuestiones y asuntos vitales que a la consideración del gremio han surgido.

Siendo así, ignorado, desconocido de todos por un exceso de inculpaciones y tal vez de algo más grave, porque aquí, para *inter-nos*, amigo Vidal, sabe usted que no siempre el bien intencionado y el más querido sale bien de sus empresas y como ejemplo de Cristo, muriendo en la cruz

redentora, ni ha sido aprovechado, ni como se esperaba, bastó para salvarnos a todos.

II

Decía al principio, amigo, que es necesario dar doble impulso a los trabajos emprendidos para librar al *tipógrafo* del dogal de hierro del autócrata propietario. ¿Recurriendo a qué medios? ¿Con qué elementos y bajo la autoridad de quién? ¿Está, acaso el gremio en las condiciones exigidas para recurrir a puntos extremos? Negativamente contestada esa pregunta, ¿qué resta hacer para encarrilarlo, y cuáles son las medidas a tomar para que, de una vez por todas, pueda conseguirse lo que, usando el verdadero término, debe llamarse nuestra redención?

Esas y no otras palabras encierran el dilema asaz terrible, que encubre nuestra situación y nuestras esperanzas del futuro: ahí está nuestro presente; ahí está nuestro porvenir.—¿Lograré yo, el más incompetente de todos, pero tan bien intencionado como el mejor de sus compañeros de Redaccion, aclarar algun punto, por mínimo que sea, de esa masa informe y oscura que aparece a nuestra vista? Indudablemente: nó.—¿Qué otra cosa hacer pudiera que lo que vosotros habeis hecho sin que—¡duéleme decirlo!—el triunfo coronara afanes tan infructuosos y tan dignos de alta recompensa?

No obstante, amigo Vidal, deber de todos es de trabajar, asidua y encarecidamente, por el bien comun. Prediquemos la union, la union firme y sólida; abogemos por ella en todas partes y que el resultado final a que todos debemos propender sea la formacion de la *Liga Tipográfica* que nos dé lo que por otros medios no hemos conseguido.

ES EL ÚNICO PUNTO CLARO QUE APARECE EN EL CIELO OSCURO DE NUESTRAS PRESENTES DESVENTURAS.—Fuera de él, no hay sino el desaliento que enerva y mata, la desolacion, el exterminio, en una palabra, la ruina del gremio.

Se despide de usted: su amigo y colega.

Nomar el Peregrino.

Nobles ideas

En uno de los números anteriores de este periódico hizo su *debut* un nuevo colaborador que firma sus escritos con la tercera letra del alfabeto.

Las ideas que emite en su artículo, son nobles y de fácil realización, si no tuviese que lidiarse con un gremio en que una mayoría se halla poseído de una gran *dosis* de *egoismo tan refinado*. . . que no le gana la azúcar mejor elaborada.

Bien se conoce que nuestro ilustrado colaborador, poco conoce al gremio montevidiano, pues de otra manera, no hubiera ni siquiera mentado el que se solicitase la cooperacion, de los que, por el mismo arte que profesamos, que nos pone continuamente en contacto con los hombres ilustres que difunden las ideas entre el pueblo, debíamos ser los más avanzados en ideas de progreso, somos por el contrario los más reacios.

Si en vez de pedir una cuota pequeña mensualmente para fomentar nuestra desmantelada biblioteca, fuese para dar un *baile*, estamos en la profunda convicción que pocos serian los que no contribuirían con su cuota para ese fin.

Para comprar libros?—dirán—¡bobería! ¿Para que los necesitamos? ¿No hemos estudiado ya en nuestra niñez el *Catecismo del padre Astete*? ¿Para qué necesitamos, ni qué *utilidad* nos reportará el dar UN REAL mensual que se dedique a la compra de libros útiles?

Y así por ese tenor, no diremos todos, pero quizás una tercera parte, le contestarán a nuestro compañero C. . .

Y si por un acaso el Directorio tomase a su cargo, con autorizacion de la Asamblea, el poner en el

recibo en lugar de 50 cts., 60; ya oiría usted el infernal vocerío y como para muestra *basta un boton*; figurese nuestro compañero C. . . que hay algunos que despues de alistarse en las listas sociales, se niegan a pagar su mensualidad, que se levantaba.

Las ideas de usted querido compañero C. . . . son muy nobles, muy buenas, y de muy fácil realización para usted y los que sientan palpar en su corazon deseos de engrandecimiento para la institucion a que pertenecemos; pero muy difícil de llevarlo a la práctica entre el gremio montevidiano, que por desgracia hoy en día, se ha entregado completamente en los brazos del indiferentísimo.

Gil Blas.

Materias empleadas para la escritura

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS

VI

Este curioso aparato, que no es ni más ni ménos que un porta pluma para escribir, tan fácil de manejar como uno ordinario, compónese de una pila de Bunsen, de un tubo y de una pequeña prensa; en su parte superior lleva un motor electro-magnético de dimensiones microscópicas. El tubo, que tiene la forma de un lapiz tallado para dibujar, contiene una aguja, a la que, gracias a una feliz combinacion de diminutas reglas de tirar líneas y de círculos excéntricos, la corriente de introduccion desenvuelta por la pila imprime un movimiento vertical muy rápido.

La aguja, sucesivamente movida, se lanza de dentro para fuera del punto en que se coloca, nueve mil veces en un minuto: con esta operacion taladra en la hoja de papel en que se pone una serie de pequeñísimos agujeros, a la manera de los que hacen sobre un diseño los dibujantes, pasándoles luego por encima una muñeca de lienzo ralo, conteniendo polvo de carbon, para que el diseño se reproduzca. La matriz ó papel agujereado que así se obtiene, y que sirve de patron, se coloca en un bastidor y se pasa sobre él un rodillo empapado en tinta: este rodillo cubre de tinta los puntos horadados.

De modo que, colocando una hoja de papel sobre el papel escrito ó patron, y pasando una ó dos veces el rodillo, se obtiene una copia perfectamente exacta del escrito. Pueden obtenerse cuatro ó cinco copias por minuto, y un patron, que puede servir para imprimir mil ejemplares.

Reproduce toda clase de escritos y diseños, y se dice que está destinada a reemplazar la imprenta, la litografía y la autografía.

El inventor del aparato es el célebre americano Th. A. Edison, a cuyo ingenio inagotable se deben el fonógrafo, el telégrafo automático y el cuádruple, que permite expedir simultáneamente cuatro despachos por un solo hilo sin que se confundan.

Los demás instrumentos y utensilios auxiliares de la escritura, tales como el tintero, salvadera, cortaplumas, raspador, regla, etc., son tan antiguos como el oficio de amanuense, de cuyos elementos se servían para el ejercicio de su arte, segun nos lo demuestran los cuadros descubiertos en las ruinas de Herculano. Para hacer líneas y renglones se empleaba el estilo, pues el lápiz no se conoció hasta el siglo XI, ni se llegó a generalizar hasta el XIII.

En cuanto a la actitud y postura adoptadas en remotos tiempos para mejor escribir, hemos de hacer notar que, aunque escritor dice que los antiguos no se apoyaban sobre una mesa, como hacemos nosotros, no es cierto, pues está ya reconocido y explicado por reputados historiadores que siempre se conoció la natural y necesaria postura para escribir con comodidad; y aun cuando en las pinturas halladas en Herculano y Pompeya se representan escribiendo unos sobre la rodilla y otros sobre la mano

izquierda, es porque estas pinturas representan determinados episodios, pero no se puede deducir de aquí que no tomaran otra actitud siempre que escribían. Tampoco es cierto, como es fácil de averiguar y de verse en nuestros días, que estas incómodas maneras de escribir sean las únicas usadas hoy por los orientales. Porque no es posible que con estas inseguras y violentas posturas produjeran las maravillas caligráficas de la escritura eútica y las magníficas copias del *Coran* que poseen algunos museos. En la forma de líneas y dirección de renglones ha habido, y aun hay, diversos sistemas, usados por distintos pueblos, de antiguo fué conocido el medio de trazar la primera línea guiando el estilo de izquierda á derecha, y luego vice-versa, continuando así alternativamente. Este sistema fué llamado entre los griegos por asimilación *Boustrophedon* —que quiere decir *buey que ara*— y los latinos llamaban *versus*, según nos dice Plinio, ántes del siglo I de J. C. (4): "*Versum autem vocabant rustici, cum sulco ad finem perducto, iterum eo redditur, unde orationis initium est, quod est versus peragere.*"

La escritura de izquierda á derecha, tal como hoy se usa por la inmensa mayoría de los pueblos, fué introducida en Grecia por el ateniense Prohápides, preceptor de Homero; sistema que más tarde adoptaron los latinos.

Los pueblos orientales escriben de derecha á izquierda y los japoneses y los chinos lo hacen en línea vertical, comenzando por la derecha y por la parte superior.

El arte de la puntuación se atribuye á Aristófanes de Bizancio, doscientos años antes de J. C.

Hemos examinado las materias de que se valieron los pueblos en sus primitivos tiempos para grabar la escritura; hemos narrado y detallado la invención é historia del papyro y pergamino, así como la invención y curiosa historia del papel, su introducción en los pueblos más importantes de Europa, y las variadas y extrañas aplicaciones que de esta materia se han hecho, y hemos consignado, finalmente, curiosas é importantes noticias sobre el objeto é instrumento empleado para la escritura en las diversas épocas. lo mismo que los progresos que ha experimentado la aplicación de unos y de otros.

LEON MARIA CARDONERO Y SOL Y MERAS.

Historia de un pliego de papel

Los antiguos sabían como nosotros, reducir el plomo á láminas muy delgadas, en las que se grababa con un punzon de hierro. Plinio nos dice que esta materia se empleaba para consignar los actos importantes, cuyo recuerdo duradero se quería conservar; y en el libro de Job hallamos (XX, 24): "¿Qué no pueda yo grabar mis palabras con un punzon de hierro en láminas de plomo!"

En una palabra, puede decirse que los hombres, para fijar sus ideas, se han servido de todo objeto que podía presentar una superficie lisa ó plana, y entre otros, materiales singulares de tejas y de tios.

Los trozos de bajilla eran de gran uso para este objeto entre los griegos y los egipcios; la mayor parte de los museos de Europa poseen muchos de estos preciosos ensayos. Encuéntanse en ellos inscritos contratos de venta, actos particulares, cartas familiares y hasta cuentas de cocina que, para decirlo de paso, prueban que los cocineros griegos no respetaban la ortografía más que los de nuestros días. Es muy probable, por otra parte, que las gentes pobres utilizarán también los restos de su bajilla, no pudiendo procurarse otras materias, cuyo precio debía ser muy elevado.

Según Plinio, las hojas de árboles son la primera sustancia en que se trazó caracteres de escritura; y en nuestros días, los pueblos de la India y de la Oceanía, escriben todavía en estas hojas. Los natu-

rales de las Malivas trazan sus signos en la hoja del *makarekau*, que tiene un metro de largo sobre treinta centímetros de ancho; los habitantes de Ceylan escriben en hojas del *talipot*; los de la costa de Malabar en hojas de palmera. Cuando desembarcaron los españoles en el Nuevo Mundo, los mejicanos se servían para trazar sus geroglíficos, de membranas de hojas espesas de pita. Los siracusanos escribían en hojas de olivo (*petala*) sus votos, de donde nació la palabra *petalismo*, que tenía el mismo significado que el ostracismo de los atenienses: estos trazaban sus votos en conchas de ostras (*ostracon*). Todo el mundo sabe el famoso dicho de Aristides, al escribir en una concha de ostra el voto de ostracismo dado contra él, por un aldeano que no le conocía: pero que estaba cansado de oírle llamar siempre *el justo*.

Durante largo tiempo se sirvieron los romanos de tablillas de marfil, en las que escribían con tinta negra, ó bien bañándolas con una capa de cera, grababan sobre estas las palabras por medio de un punzon (*stilum*) de metal. Acostumbrábase á escribir en ellas todo lo que no estaba destinado á conservarse por mucho tiempo, como las notas, las cuentas diarias, los borradores. El uso de estas tablillas se conservó por largo tiempo, volviendo á encontrárselas en la edad media y hasta que se hizo el papel muy común para sustituirles con ventaja. Las cajas de las momias egipcias contienen frecuentemente lienzos cubiertos de escritura, y parece que esta sustancia se reservó para los monumentos de carácter religioso. Los oráculos sibílicos estaban también escritos en rollos de lienzo.

También se hacía uso de la corteza interior de ciertos árboles, y San Gerónimo nos enseña, que el significado dado á la palabra latina *liber* (corteza) proviene de ese uso que se remonta á la más elevada antigüedad.

CAPITULO III

EL PAPIRUS

Fácil es de comprender, que un escrito en piedra, en bronce, en plomo y aun en madera, no fuera cómodo de transportar; que no pudiera circular fácilmente de mano en mano de un país á otro, y que no fuese, en su consecuencia, mas que un medio muy imperfecto de comunicación para los hombres. Buscose, pues, para fijar el pensamiento, un vehículo mas conveniente, y el uso de escribir en hojas y en corteza de árboles, debió inducir insensiblemente á la fabricación del papel de Egipto ó del Papyro (*papyrus*).

Memphis es, si hemos de creer á Lucano, á quien se debería la gloria de haber sido la primera que supo hacer el papyro; gloria de que se mostraba orgullosa con justo título. Fue este efectivamente un gran progreso: ninguna materia había presentado hasta entonces las ventajas de este papel sólido, flexible y ligero, regalo de la naturaleza, que no exigía ni cultivo ni cuidados. Así, todas estas preciosas cualidades se hicieron de un uso casi universal en los pueblos antiguos, y la civilización recibió con él un feliz impulso. En realidad, gracias al papel, se pudo multiplicar en toda forma, en la antigüedad la expresión del pensamiento sabio, de la poesía, de los recuerdos de que se compone la historia.

El papyrus es una grande y hermosa planta de la familia de las juncias, que crece en las aguas poco profundas y tranquilas del Egipto, de la Siria. Su raíz, tortuosa y del grueso de la muñeca, desparra- ma á derecha é izquierda gran cantidad de pequeñas raíces, que sostienen la planta contra la impetu- osidad del viento y el esfuerzo de las aguas. De esta raíz se eleva un tallo triangular de tres á cuatro metros de alto, que termina en una ancha om- belá, de donde se escapan, como un ondulante pe- nacho, gran número de filamentos del verde mas hermoso. Esta bella planta se ha introducido re- cientemente en las plantaciones de ornamentación,

que desde hace algunos años, embellecen los jardí- nes públicos de Paris; y aun cuando no crezca sin dificultad en este clima, han podido verse esplén- didos canastillos de papyros en el jardín de Batig- nolles.

Desde la mas remota antigüedad, este precioso vegetal cubria una parte de las tierras que el Nilo inunda cada año. "El papyro crece en tan gran cantidad en las orillas del Nilo, dice Casiodoro, que parece una inmensa selva". Esta era una de las principales riquezas del país. Todas las partes de esta planta se utilizaban para las necesidades de la vida. Sacábase de ellas cuerdas y tejidos, de que se hacían vestidos y velas para los navios; fabricábase con ella canastillos, y era su raíz manducable; comíase cruda, hervida ó tostada, y su utilidad como alimento, parece que debió ser general para que llamara Esquilo á los egipcios *comedores de papyrus*. Pero, sobre todo esto; el pellico encerrado en la corteza de este tallo triangular servía para fabricar hojas de un papel flexible, ligero casi blanco, sobre el cual los egipcios, con el auxilio de un pequeño junco cortado para este efecto, y mojado en tinta, escribían en caracteres tan finos, como escribimos, hoy con pluma en el papel.

No puede señalarse una fecha exacta á la invención del papyro por los egipcios. Mas el sabio Champellion, ha encontrado contratos en papyro, que llevan la fecha y ascienden al tiempo de Ménes (1200 años antes de J. C.). Estos manuscritos contemporáneos de los Faraones, no han perdido nada de su frescura y de su solidez.

He aquí cuál era el modo cómo se preparaba esta clase de papel. Despues de haber arrancado la planta del papyro; en el tiempo ordinario de su recolección, se cortaba su raíz y la parte superior del tallo, conservando un tronco de uno á dos pies de largo; en general, todo lo que había vivido debajo del agua, se había blanquecido allí por efecto de una inmersión. De este tronco se quitaba sucesivamente la primer corteza, y todas las películas siguientes que ascienden á diez ó doce. Estas películas eran tanto mas finas y mas blancas, cuanto se hallaban mas cerca del corazón de la planta; y habían vivido mas largo tiempo en el agua. Todavía frescas, eran estiradas y estendidas, batidas y pomeadas, y se las encolaba en seguida, cabo con cabo, para formar hojas. Aun han llegado hasta nosotros de estas hojas, pliegos de diferentes dimensiones, y libros plegados de plano y de muchas páginas; y finalmente, rollos que tenían veinte y tres metros de longitud.

Como esta materia vegetal era por su naturaleza muy desmenuzable, todas las hojas estaban delgadas, debiendo tenerse cuidado de cruzar las fibras de pegarlas en el ángulo derecho, unas á otras, formando un tejido de lienzo. Dábasele la primera preparación con el peso de una prensa quitándole toda aspereza; acabábase de alisar la hoja con piedra pomez, ágata ó marfil; y finalmente, para garantizar el papyro preparado de esta suerte contra la humedad y los insectos, se le sumergía en agua de cedro, antes de servirse de él.

Los viejos rollos de papyro cubiertos de escritura, servían en Egipto para hacer calzado, cuyos zapatos, son en el día otros tantos documentos preciosos para la arqueología y la filología.

Ignórase la época en que se introdujo en Grecia en Italia el papyrus; pero no hay duda que lo fue cuando los papeleros egipcios habían adelantado mucho en la práctica de su arte. La planta se llamaba por los griegos *Biblos*, palabra que significaba también libro, y con la cual se designó mas adelante, la colección de las Sagradas Escrituras. Este libro pro-excelencia, el *Libro de los libros*.

Cuando se difundió de Egipto á Grecia y á Italia este precioso producto despertó naturalmente el espíritu de competencia y de perfeccionamiento.

(Continúa...)